

UNA RISA DETRÁS DE UNA PARED. Homenaje a Juan Ramón Jiménez y Zenobia Camprubí.

ANA SOFÍA PÉREZ-BUSTAMANTE MOURIER
(Universidad de Cádiz, España)

Discretamente conmemoramos en este 2016, tan concurrido de conmemoraciones, los cien años de la escritura de *Diario de un poeta recién casado*, de Juan Ramón Jiménez.

Aunque publicado en 1917, el libro que cambió la sensibilidad de la poesía española fue escrito entre el 17 de enero y el 3 de octubre de 1916, si nos atenemos a las fechas que constan en las entradas, y es el único que Juan Ramón escribió y publicó de un tirón, medio arrepintiéndose de entrada de la premura.

Lo que aporta de nuevo este título es un conjunto de elementos que irrumpen a la vez: por una parte, la concepción del libro de poemas como una aventura interior instalada en un segmento temporal concreto. Este hecho tan sencillo se traduce en que el *Diario...* va a ser “oficialmente” el primer libro de poemas que se despega de la autoantología lírica hecha con criterios temáticos para acercarse, a través de la continuidad temporal de un conflicto, a una estructura narrativa pegada a la vida y no, como los “cancioneros”, a la teoría de la vida, a la idealidad. El libro tiene la estructura del viaje que Juan Ramón emprende para casarse: de Madrid a Cádiz para coger el barco, de Cádiz a Nueva York atravesando el Atlántico, en Nueva York y otras localidades de América del Este para la boda y la luna de miel, de nuevo en barco de Nueva York a Cádiz esta vez con su esposa, y de nuevo de Cádiz a Madrid, donde se instala el nuevo matrimonio. Una estructura pegada a un viaje real por espacios no solo objetivos sino cosmopolitas, rabiosamente urbanos, distintos: es la entrada en nuestra poesía de Nueva York. Y también es la entrada del libro que mezcla prosa y verso, del verso libre en formato silva impar, y tantas otras cosas más.

Volviendo a la tensión narrativa, argumental, Michael Predmore ha podido estudiar el *Diario...* como la aventura íntima de un hombre enamorado que se dispone a contraer matrimonio con una enorme ilusión, pero que a través de su escritura va cifrando simbólicamente el inmenso miedo que siente: miedo a dejar atrás su infancia y su situación dependiente de niño protegido por su madre, su tierra, su lengua, su entorno entero de amigos y médicos que sustituyen a la madre; miedo a asumir un nuevo estatus de cabeza de familia que ha de mantener dignamente a su esposa; miedo al mar, en un viaje largo, azaroso y también a menudo tedioso, aburrido; y miedo a la mujer real, de carne y hueso: una Zenobia inteligente, independiente, que no es y no quiere ser una “amada ideal” de las que Juan Ramón fabrica en sus poemas a imagen y semejanza de sus necesidades y deseos. Un botón de muestra: el poema “Desvelo”, asociado al 21 de abril, en New York:

Amor, no me acompañas; me amedrenta
el cercano secreto

de tu sueño encendido y dilatado
a mi lado, en la sombra.

Sí; a veces veo luz de espadas en el cielo
de tu soñar,
como en una tormenta de desvelo, y me oigo
gritar en él, desde mi susto,
mientras tú te sonríes, preparando
mi muerte en lo lejano de tu sueño.
Sí, sí; me coges en el círculo
de tu soñar, y no lo sé...

Y aunque te tengo y eres toda mía,
con tu soñar en ti, y pudiera
matar, amor, tu sueño en ti, lo mismo
que a un veneno en su flor, le tengo miedo
a tu sueño, ¡amor, sí, te tengo miedo!¹

Este conflicto íntimo es el que Juan Ramón va a conectar con el símbolo del mar, de manera que su relación con el océano viene a ser un trasunto de su relación consigo mismo, de su estado de “fluencia” interior: en este sentido lo veremos ir y venir entre un mar opaco y alienado (el de “Soledad”: “En ti estás todo, mar, y sin embargo/ ¡qué sin ti estás, qué solo,/ qué lejos, siempre de ti mismo!”) y un “Mar despierto”, fuerte, “contemplador eterno, y sin cansancio/ y sin fin, del espectáculo alto y solo/ del sol y las estrellas, mar eterno!”. Este mar es el amor y la mujer y se opone en principio a la tierra, que es la madre y la niñez, pero finalmente, cuando el poeta es capaz de elegir el mar es cuando el hombre ha asumido, a través de la escritura, la totalidad de su conciencia. Y también, la dinámica infatigable de la vida, frente a la tentación de inmovilidad en el refugio uterino del vientre materno y el cementerio natal. Curiosamente, cuando de regreso de América, ya con su esposa, vuelve el poeta a visitar a su madre en Moguer, se da cuenta de que aquella mujer, su madre, doña Pura, la misma que tanto le había animado a buscar una buena esposa, es también un mar, un amor, una vida cambiante pero coherente, asimilable al mar-amor de Zenobia:

Te digo al llegar, madre,
que tú eres como el mar; que aunque las olas
de tus años se cambien y te muden,
siempre es igual tu sitio
al paso de mi alma.

No es preciso medida
ni cálculo para el conocimiento
de ese cielo de tu alma;
el color, hora eterna,
la luz de tu poniente,
te señalan ¡oh madre! entre las olas,
conocida y eterna en su mudanza².

¹ Citamos este poema por la edición de Michael P. Predmore del *Diario de un poeta recién casado* (1916), Madrid, Cátedra, 2001 (4ª ed.), pp. 181-182. Es la edición que utilizamos en lo sucesivo, abreviándola como *DPRC*.

² *DPRC*, pp. 267-268.

Es un libro muy bello el *Diario de un poeta recién casado*, y es hermosa la historia que hay detrás de él. Juan Ramón conoció a Zenobia Camprubí en 1912 -al principio de lejos-, cuando de regreso a Madrid, y en espera de plaza libre en la Residencia de Estudiantes, se alojaba en la Pensión Arizpe. Sus vecinos eran Arthur Byne, arquitecto y pintor, y su esposa, Mildred Stapley, periodista. Juan Ramón necesitaba mucho silencio para trabajar y era maniático e intransigente; sus vecinos eran por su parte particularmente ruidosos y molestos: llevaban una intensa vida social, llena de visitas y veladas con música de piano.

Al principio lo que le llegó a Juan Ramón, al otro lado de la pared, segregada del ruido, fue una risa: una risa fresca y alegre que se correspondía con una “muchacha fina, rubia, distinta, que se movía con soltura y caminaba airosamente”, que “lo hacía todo con gracioso y recatado desenfado desprovisto de sensualidad, pero desbordante de femineidad”³. La conocían en Madrid como “la americanita”, pues era hija de catalán y portorriqueña con familia norteamericana, y era bilingüe. Una muchacha “moderna” con amplios intereses culturales y también independiente y emprendedora: su relación con los Byne tenía que ver con el hecho de que Zenobia compraba en España cerámicas, bordados y antigüedades que luego vendía bien en los Estados Unidos. Los Byne estaban comisionados en España por la Hispanic Society, y trabajaban con el patrimonio cultural español, por lo que tenían muchos intereses comunes.

Juan Ramón les pidió a los Byne que le presentaran a la americanita en la Residencia de Estudiantes, en un Curso de verano para extranjeros organizado por la Junta de Ampliación de Estudios del 25 junio al 5 agosto de 1913. Zenobia tenía interés en asistir a la conferencia que impartiría Manuel Bartolomé Cossío, director del Museo Pedagógico Nacional, sobre “Geografía de España y su relación con la literatura”. En concreto don Manuel iba a hablar de La Rábida, y Zenobia acababa de residir una temporada allí, pues su padre había sido contratado como ingeniero para las obras del puerto onubense.

Que el mundo es un pañuelo es algo que se dice y nunca se acaba de decir. Resulta que, antes de que los Byne le presentaran a Zenobia, a Juan Ramón le había hablado de la americanita Carmen López Cortón, esposa de Manuel Cossío, quien con su hija Natalia conocía a Zenobia porque las tres frecuentaban el International Institute for Girls en Madrid. De hecho, Carmen le había comentado a Juan Ramón que había conocido a una muchacha que seguramente a él le gustaría mucho: se refería precisamente a Zenobia, a quien describía como “una rubia deshecha”, una chica distinta de todas las demás. Juan Ramón, muy enamorado, siempre se quedaba prendado de las mujeres “distintas”. Con el paso del tiempo el poeta evocaría precisamente a Carmen en relación con aquella presentación de Zenobia:

Carmen va y viene inquieta, incesante, entusiasta, una gran mariposa de bronceados tornasoles, de jardín en jardín. Con su imaginación morena y fosfórica y su ardiente hablar pintoresco, gracioso, de mora céltica del norte, ilumina esculpe, ríe, talla, mima, suscita personas, cosas. (Tres palabras suyas, “una rubia deshecha”, dichas con no sé qué profunda y fatal lucidez de encantadora, me clavaron anticipadamente en la fantasía y con tal exactitud una femenina existencia desconocida, que al conocer luego a la evocada me pareció que era la segunda vez que la veía: la mujer fina, alegre, ágil, “rubia y deshecha”, que habría de ser, y

³ Graciela Palau de Nemes, “Las mocedades de Zenobia, la de Juan Ramón”, *Sin Nombre*, Vol. XII, nº 3, San Juan de Puerto Rico, 1982.

Carmen fue brújula de mi polo cierto, la vara verde y oro, el pájaro revolador de mi poesía)⁴.

Juan Ramón se enamoró de Zenobia fulminantemente: “cuentan que Juan Ramón no pudo reprimir sus impulsos y espontáneamente le declaró su amor aquella tarde, y que Zenobia, entre sorprendida y asombrada, y tomando casi a broma las palabras del poeta, no supo qué contestar y se limitó a sonreír”⁵. Para Zenobia las cosas no fueron así: más bien todo lo contrario. Ella no tenía ninguna intención de casarse, y así se lo decía por carta a una amiga: “Yo soy la clase de mujer que no se casa. [...] la verdad es que yo me puedo arreglar perfectamente en la vida sin marido. Todavía no he visto al hombre que me pudiera hacer más feliz de lo que creo poderlo ser siendo soltera”⁶. Al propio Juan Ramón, que realmente la acosaba, le dejó escrito por carta: “Y ¿quién le ha dicho a usted que yo me voy a casar con nadie, pájaro de mal agüero? ¡En eso estoy yo pensando! ¡Y aquí en España! ¡Enseguida!”⁷. A Zenobia no solo no le apetecía depender de un hombre, sino que le disgustaba la situación de la mujer española, siempre vigilada, bajo sospecha y sometida a las rígidas normas de las apariencias.

Juan Ramón ideó la manera perfecta de acercarse a Zenobia, a quien le gustaban los niños y que tenía inquietudes muy relacionadas con la Institución Libre de Enseñanza. De hecho, mientras estuvo en La Rábida había montado en casa de sus padres una escuelita para enseñar las primeras letras y cuentas a los hijos de los obreros. Estos niños, a su vez, le descubrieron “sus costumbres, su graciosa manera de expresarse, sus bailes, sus coplas y villancicos...”⁸: algo que acercaría mucho a la pareja en sus primeras conversaciones. También le gustaba a Zenobia traducir literatura. En aquel año de 1913 el Premio Nobel de literatura había recaído por primera vez en un poeta no occidental: Rabindranath Tagore (1861-1941). Tagore escribía en su lengua materna, el bengalí, y se autotraducía al inglés (había estudiado en Brighton y luego en el University College de Londres). Zenobia acababa de leer, en inglés, *The Crescent moon*, y se había animado a traducir unos cuantos poemas que le enseñó a Juan Ramón, convencida de que le iban a interesar. Al mogueño le faltó tiempo para atar cabos: consiguió que las traducciones de Zenobia se publicasen⁹, y consiguió más aún. Aprovechando que el editor Francisco Acebal quería inaugurar una biblioteca para niños, concibió lo que sería una cita con Zenobia de ahí a la eternidad:

Querida Zenobia, antes, cuando volvía a casa, me encontré con el director de “La Lectura”. (...) Le he propuesto una traducción del libro de Tagore que esta tarde me ha

⁴ Juan Ramón Jiménez, “Y Carmen” (1920), *Españoles de tres mundos*, Buenos Aires, Losada, 1942.

⁵ Antonio Campoamor González, *Juan Ramón Jiménez y Zenobia Camprubí. Años españoles (1911-1936)*, Sevilla, Universidad Internacional de Andalucía, 2014, p. 348.

⁶ Carta de Z.C. a su amiga María Martos, 12 junio 1913. Fondos de la BNE. Apud Emilia Cortés Ibáñez (Ed.), *Diario de dos recién casados. Zenobia Camprubí y Juan Ramón Jiménez*, Huelva, Universidad de Huelva & Fundación Zenobia-Juan Ramón Jiménez, 2012, vol. I, p. 9.

⁷ Carta de Z.C. a J.R.J. Recogida por Ricardo Gullón (Ed.), *Poemas y cartas de amor de J.R.J. y Z.C.*, Santander, La Isla de los Ratones, 1986.

⁸ Antonio Campoamor González, *Op. cit.*, p. 359.

⁹ Zenobia Camprubí Aymar (trad.), “Anochecer de Julio”, de Rabindranath Tagore, *El Imparcial* (Madrid), 10 de agosto de 1914, p. 4. Disponible a través de la Hemeroteca Digital de la BNE en <http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0000327003&search=&lang=es>.

enseñado usted [*The Crescent Moon*]. Ha aceptado. De modo que ya sabe usted que hemos de traducirlo... ¿Cuándo podríamos empezar? ¿El Jueves? ¿A qué hora?»¹⁰

Tagore fue el principio de una gran amistad basada en los proyectos comunes. La traducción que Juan Ramón y Zenobia hicieron de *La luna nueva* vio la luz en 1915, tuvo un éxito rotundo y fue la primera de una larga lista de traducciones en colaboración: según Soledad González Ródenas, entre poemas líricos y dramáticos, teatro, cuentos y aforismos, el matrimonio tradujo casi una treintena de libros del vate hindú.

Pero no solo fue un trabajo de traducción. Juan Ramón descubrió en Tagore una sensibilidad tremendamente cercana y purísima, luminosa, profundamente espiritual. Reproduzco el comienzo de *La luna nueva*, el capítulo que se titula precisamente “El principio”:

¿De dónde vine yo? ¿Dónde me encontraste?, pregunta el niño a su madre.

Ella llora y ríe al mismo tiempo, y estrechándolo contra su pecho le responde: ‘Tú estabas escondido en mi corazón, amor mío, tú eras su deseo.

Estabas en las muñecas de mi infancia; y cuando, cada mañana, yo modelaba con arcilla la imagen de mi dios, en verdad te hacía y deshacía a ti.

Estabas en el altar junto a la divinidad de nuestro hogar; al adorarla, a ti te adoraba.

Has vivido en todas mis esperanzas, en todos mis amores, en toda mi vida y en la vida de mi madre.

El Espíritu inmortal que preside nuestro hogar te ha albergado en su seno desde el principio de los tiempos.

En mi adolescencia, cuando mi corazón abría sus pétalos, tú lo envolvías como un flotante perfume.

Tu delicada suavidad aterciopelaba mis carnes juveniles, como el reflejo rosado que precede a la aurora.

Tú, el predilecto del cielo; tú, que tienes por hermana gemela la prima luz del alba has sido traído por la corriente de la vida universal, que al fin te ha depositado sobre mi corazón.

Mientras contemplo tu rostro, me siento sumergida en una ola de misterio: tú, que a todos perteneces, te has hecho mío.

Te estrecho contra mi corazón, temerosa de que escapes. ¿Qué magia ha entregado el tesoro del mundo a mis frágiles brazos?

Entusiasmado, Juan Ramón escribe un poema “Al niño indio de ‘La luna nueva’” con el que abrirá su versión al español¹¹. Estamos entre los años 1913 y 1916. Pensemos ahora que Juan Ramón ha entrado en su fase de depuración, en su camino de perfección personal, iluminado por la pedagogía de la Institución Libre de Enseñanza, el raciovitalismo optimista y voluntarista de José Ortega y Gasset y el amor de Zenobia, una mujer independiente pero también muy puritana, a la que desagradaba profundamente la poesía “carnal” “decadentista” de su nuevo amigo. En este contexto de incitaciones múltiples, al que se añade la poesía de Tagore que Zenobia le descubre,

¹⁰ Soledad González Ródenas, «Mío y de Zenobia” o “de Zenobia y mío” dos formas de traducir con Juan Ramón», en *Mujer y escritura autobiográfica: Zenobia Camprubí* (Actas del simposio *Mujer y escritura autobiográfica: Zenobia Camprubí*, La Rábida, Universidad Internacional de Andalucía), ed. de Emilia Cortés Ibáñez, Huelva, Los Libros del Trienio, 2008, p. 3.

¹¹ Cf. Shyama Prasad Ganguly, “Los ‘colofones’ líricos de Juan Ramón Jiménez a las obras de Tagore: una aproximación a la recepción y repercusión transcultural”, *AIH, Actas X*, 1989, pp. 1781-1789. Disponible on line a través del CVC, < cvc.cervantes.es/literatura/aih/pdf/10/aih_10_2_091.pdf >.

es cuando el moguereno termina de dar forma a su gran libro *Platero y yo*, su particular homenaje a la pureza de la infancia y de la naturaleza de su Andalucía natal.

A través de Zenobia, del reto que supone el amor de Zenobia, Juan Ramón deja atrás el Modernismo decadentista, con su morbosa fijación en la nostalgia y el pasado, con su paralizante culto al ensueño. En este sentido, el giro del Modernismo al Novecentismo, en la poesía española, queda “instituido” en el *Diario de un poeta recién casado* con un texto precioso extraído de los libros sagrados de la India: me refiero al “Saludo del alba” que abre el poemario:

¡Cuida bien de este día! Este día es la vida, la esencia misma de la vida. En su leve transcurso se encierran todas las realidades y todas las variedades de tu existencia: el goce de crecer, la gloria de la acción y el esplendor de la hermosura.

El día de ayer no es sino un sueño y el de mañana es sólo una visión. Pero un hoy bien empleado hace de cada ayer un sueño de felicidad y de cada mañana una visión de esperanza. ¡Cuida bien, pues, de este día!

(Del sánscrito)¹²

Este nuevo talante es la poesía pura, es Tagore, es Zenobia, es la contemporaneidad y el hodiernismo del *Diario*: esa instalación en el presente que tan acorde con la filosofía oriental resulta y que, a su vez, será faro lírico para todos los jóvenes de la generación del 27.

Recientemente llegó a mis manos un libro impagable. Se titula *Diario de dos recién casados*, y ha sido editado por Emilia Cortés Ibáñez¹³. Es una edición preciosa, en dos volúmenes de cubiertas azules con letras doradas, de 14 x 16 cm., que reproducen el aspecto del cuaderno que utilizó Zenobia para llevar su propio diario: la agenda Daily Reminder 1916 de la Boston Safe Deposit and Trust Company. Lo que ha hecho la editora es cotejar el *Diario* de Juan Ramón con el que simultáneamente llevaba Zenobia Camprubí. Hay que entender una cosa: Juan Ramón era un gran poeta y el *Diario* es un gran libro de poesía. Zenobia Camprubí era una mujer culta, inteligente, vital, sana, optimista, pragmática... todo lo contrario de Juan Ramón, y su diario es un testimonio vital que no tiene ninguna pretensión literaria. En este sentido, no cabe ilusión ni desilusión¹⁴. Si Zenobia llevaba un diario era porque su madre la acostumbró a hacerlo, como parte de una educación protestante de culto al trabajo útil, al espíritu ordenado y eficiente. Poner por escrito lo que se ha hecho durante el día es una manera de contemplar si ese día ha sido provechoso. Juan Ramón no dejaba de escribir, pero no diarios. Lo de llevar un diario de su viaje fue una terapia que se le ocurrió a Zenobia para mantenerlo distraído, para combatir su miedo a viajar. Al fin y al cabo, donde Juan Ramón se sentía más a gusto era en el centro de la escritura, auténtica “morada del ser”.

¹² *DPRC*, p. 99.

¹³ Emilia Cortés Ibáñez (Ed.), *Diario de dos recién casados. Zenobia Camprubí y Juan Ramón Jiménez*, Huelva, Universidad de Huelva & Fundación Zenobia-Juan Ramón Jiménez, 2012, 2 vols. Lo citamos como D2RCC.

¹⁴ Mucha desilusión manifestó Ricardo Gullón al leer los diarios de Zenobia, como recoge Anna Caballé en *Pasé la mañana escribiendo. Poéticas del diarismo español* (Sevilla, Fundación José Manuel Lara, 2015, p. 35). Y allí mismo comenta la experta: “en efecto, su Diario registra el día a día de una mujer valerosa, amiga de la acción, que comparte su vida con un poeta de carácter difícil y retraído. No hay apasionantes reflexiones sobre la obra de Juan Ramón, ni retratos de sus contemporáneos. Nada que un crítico literario pueda llevarse a la boca. Solo está la voluntad de Zenobia de habitar la propia vida anotando sus rugosidades, desahogando la angustia que siente en el papel”. El título del libro de Caballé se inspira precisamente en una frase frecuente en el Diario de Zenobia: “Pasé la mañana escribiendo”.

Zenobia, que tan bien lo llegó a conocer y comprender, le diseñó un programa anti estrés del que salió una obra maestra.

No se trata, pues, de comparar literariamente los textos, pues no hay literariamente nada que comparar. Pero sí que el Diario de Zenobia es una fuente documental de primera mano para conocerla a ella y, a su través, a Juan Ramón, y también para reflexionar sobre qué es, y qué no es, la poesía.

Hay en el *Diario* un maravilloso poema de amor sobre el motivo de “la amada dormida” contemplada por el amante. Es de los que inauguran la nueva sensibilidad del siglo XX, que canta al amor feliz, consumado y pleno de los amantes (sin sombras de humor salaz, sombras morales o fatalidad romántica), en la línea que luego recogería Pedro Salinas. Es el número XCII:

Cuando, dormida tú, me echo en tu alma
y escucho, con mi oído
en tu pecho desnudo,
tu corazón tranquilo, me parece
que, en su latir hondo, sorprendo
el secreto del centro
del mundo.

Me parece
que legiones de ángeles,
en caballos celestes
-como cuando, en la alta
noche escuchamos, sin aliento
y el oído en la tierra,
trotos distantes que no llegan nunca-,
que legiones de ángeles,
vienen por ti, de lejos
-como los Reyes Magos
al nacimiento eterno
de nuestro amor-,
vienen por ti, de lejos,
a traerme, en tu ensueño,
el secreto del centro
del cielo¹⁵.

Este poema se incluye en las anotaciones de New York, 9 de abril. La curiosidad me impulsa a buscar qué escribiría Zenobia ese mismo día. El resultado es sorprendente:

Domingo, 9

Duermo hasta muy tarde y voy a misa. Juan Ramón y yo almorzamos aquí solos y salimos enseguida para oír a Kreisler que me gusta enormemente y me parece mucho más viril que Misha Ellman. A la salida del concierto vamos a estarnos un rato con mamá y luego cenamos con Hannah [Crooke], cousin Lill y Katherine Sargent.

Cartas a Stage, cousin Herbert y Delia [Wheelwright].¹⁶

El día siguiente ofrece el mismo contraste. Zenobia escribe:

¹⁵ *DPRC*, p. 172.

¹⁶ *D2RCC*, vol. I, p. 108.

Lunes, 10

Voy con mamá a comprarle cosas. Vamos a Alexander's, a Bedell's, me compro un sombrero. Pan líquido (esperando ver maravillas) y papel y un libro de poesías para J.R. Almuerzan con nosotros mamá y Yoyó. Este último nos cuenta la boda de Marjorie y lo monos que estuvieron la nena y Mickie hablándose en la boda. [...] J.R. y yo salimos a las 5 a estirar las piernas y hacemos algunos encargos prosaicos. [...] En el transcurso del día J.R. y yo leemos algunas poesías en inglés¹⁷.

El poema que Juan Ramón fecha ese lunes 10 de abril es otro arrebatado amoroso:

¡Qué débil el latido
de tu corazón leve
y qué hondo y qué fuerte su secreto!
¡Qué breve el cuerpo delicado
que lo envuelve de rosas,
y qué lejos, desde cualquiera parte tuya
-y qué no hecho-
el centro de tu alma!¹⁸

La verdad es que cuando un poeta escribe toda su vida psíquica, todos sus tiempos y espacios, gravitan potencialmente sobre la memoria que se transforma en escritura. Juan Ramón poetiza su amor de luna de miel, y aunque los poemas lleven fecha no tienen por qué derivar exactamente de la anécdota de un día concreto. Lo que Zenobia escribe, en cambio, sí tiene fecha. Es la distancia que va de la vida real a la poesía. La poesía vive en un presente eterno que rescata la magia fugaz de los días.

Si antes vimos cómo Juan Ramón refleja sus miedos y también sus éxtasis amorosos, el Diario de Zenobia, tan expeditivo y recatado, recoge de otra manera los miedos de ella:

Martes, 11

Salgo tardísimo por escribir cartas. A última hora hago algunos encargos por aquí cerca. Almorzamos solos. Sacamos del medio baúl, zapatos, trajes, etc. Vamos a tomar el té al [Hotel] Martha Washington, vienen Page [Wheelwright] y Mr. Walsh y vamos los cinco al Flower Show [Exposición de Flores]. Un poco tristes están ya las flores por ser el último día de la exposición. Page vuelve a cenar con mamá y nosotros también. Nos acostamos temprano, pero yo tengo un ataque de llanto y no nos dormimos hasta las 3 de la mañana.

La radiante, enérgica y vivaz Zenobia también tiene miedo a su nuevo estado, a su compromiso, a su responsabilidad, a la sombra de su nuevo compañero. Pero los días están llenos de actividades y la relación se llena de modulaciones:

Miércoles 19

Me paso todo el día en la cama, pero no me aburro nada porque J.R. es muy bueno conmigo. Coso y leo *The Spoon River Anthology*, me interesa muchísimo y también nos gustó mucho *The Congo* que leemos con júbilo J.R. y yo juntos. Por la tarde viene mamá a acompañarme mientras J.R. trabaja en *Platero* con Mr. Underhill. Cuando se va mamá, leemos juntos parte de la traducción de Mr. U[nderhill] y notamos que el señor no comprende del todo el texto español. Me

¹⁷ *D2RCC*, vol. I, pp. 109-110.

¹⁸ *DPRC*, p. 174.

visita la vieja lavandera alemana, que con su regordete buen humor me divierte la mar. J.R. y yo estamos contentos y muy felices¹⁹.

Juan Ramón acompaña esta entrada con su reflexión sobre la sencillez (“¿Sencillo?/ Las palabras/ verdaderas; lo justo para que ella, sonriendo/ entre sus rosas puras de hoy,/ lo comprenda.”). Esta será la resultante estética de la química amorosa, espiritual: la piedra angular sobre la que Juan Ramón refunda su poesía:

CCXVII

Madrid,
domingo.

SENCILLEZ

¡Sencillez, hija fácil
de la felicidad!

Sales, lo mismo,
por las vidas, que el sol de un día más,
por el oriente. Todo
lo encuentras bueno, bello y útil
como tú, como el sol.

¡Sencillez pura,
fuente del prado tierno de mi alma,
olor del jardín grato de mi alma,
canción del mar tranquilo de mi alma,
luz del día sereno de mi alma!²⁰

En este año 2016 vuelvo al *Diario* de Juan Ramón con la percepción ampliada, asomándome a Zenobia. La mujer que no pensaba casarse pero sucumbió ante el poeta. La mujer que escogió, al casarse con Juan Ramón, colaborar con y contribuir al “proyecto Juan Ramón”. Así lo vemos en una carta a su amiga María Martos del 19 de julio de 1914:

Cada día me convengo más de que el trato entre hombre y mujer es completamente enervante cuando no tiene más fin que el que uno encuentra en el otro, y que es una cosa magnífica y entera cuando los dos tienen intereses comunes (fuera de los dos) en que colaboran. El alma y la inteligencia del hombre y de la mujer son muy incompletas por separado y al trabajar unidos parece que se estimulan mutuamente mucho más que dos entendimientos de la misma clase²¹.

Tagore fue el Cupido que aproximó a Juan Ramón y a Zenobia. Ambos eran muy conscientes de ello. Pero hay algo que conviene contemplar: hasta qué punto Zenobia influye en que Juan Ramón quiera ser otro, renuncie al doble oscuro que le amedrenta y se dedique a configurar su doble luminoso en la escritura. Hay dos poemas que me gusta cotejar a este respecto. El primero pertenece a *la sección «Jardines místicos»* de *Jardines lejanos* (1903-1904)²², en plena fase modernista, mientras el segundo pertenece a *Eternidades* (1916-1917)²³, cima de la poesía pura:

¹⁹ D2RCC, pp. 120-121.

²⁰ DPRC, pp. 273-274.

²¹ Apud Emilia Cortés Ibáñez, “Introducción” a D2RCC, p. 16.

²² Juan Ramón Jiménez, *Jardines lejanos* (1904), *Obra poética en verso*, I, tomo 1, ed. Javier Blasco y Teresa Gómez Trueba, Madrid, Espasa Calpe / Fundación Guillén, 2005, vol. I, p. 385-386.

²³ Juan Ramón Jiménez, *Eternidades* (1916-1917), *Obra poética en verso*, I, tomo 2, ed. Almudena del Olmo Iturriarte y Francisco J. Díaz de Castro, Madrid, Espasa Calpe / Fundación Guillén, 2005, p. 418.

¿Soy yo quien anda, esta noche,
por mi cuarto, o el mendigo
que rondaba mi jardín,
al caer la tarde...?

Miro

en torno y hallo que todo
es lo mismo y no es lo mismo...
¿La ventana estaba abierta?
¿Y no me había dormido?
¿El jardín no estaba verde
de luna...?... El cielo era limpio
y azul... y hay nubes y viento
y el jardín está sombrío...

Creo que mi barba era
negra... Yo estaba vestido
de gris... Y mi barba es blanca
y estoy enlutado... ¿Es mío
este andar? ¿Tiene esta voz,
que ahora suena en mí, los ritmos
de la voz que yo tenía?
¿Soy yo, o soy el mendigo
que rondaba mi jardín,
al caer la tarde...?

Miro

en torno... Hay nubes y viento...
El jardín está sombrío...
... Y voy y vengo... ¿Es que yo
no me había ya dormido?
Mi barba está blanca... Y todo
es lo mismo y no es lo mismo...

Yo no soy yo.

Soy este
que va a mi lado sin yo verlo;
que, a veces, voy a ver,
y que, a veces, olvido.
El que calla, sereno, cuando hablo,
el que perdona, dulce, cuando odio,
el que pasea por donde no estoy,
el que quedará en pie cuando yo muera.

Zenobia, a su manera, obró el milagro de transformar a Juan Ramón, el huraño, el esquivo, el egocéntrico turrieturnista. En una de sus cartas anteriores a la boda Zenobia le escribía:

Si no nos rozamos continuamente con nuestros semejantes, nos ponemos raros, no le quepa a usted duda. No raros por tender dentro algo mucho mejor que los demás, sino raros porque nuestro aislamiento siempre nos hace creer que somos superiores y nos endurecemos en todos nuestros defectos.²⁴

Después de la boda, esta lección queda bellísimamente formulada en un poema de *Piedra y cielo* (1917-1918)²⁵:

¡Cómo no somos únicos!
¡Cómo nos engañamos, uno en otro, siempre,
con la sangre, mezclada,

²⁴ Apud Emilia Cortés Ibáñez, "Introducción", *D2RCC*, p. 11.

²⁵ Juan Ramón Jiménez, *Piedra y cielo*, Ed. José Ramón González, *Obra poética en verso*, I, tomo 2, ed. Madrid, Espasa Calpe / Fundación Guillén, 2005, p. 487-488.

del sentimiento! ¡Cómo ríe uno, cómo llora
con los otros!
¡Hilos sutiles
que quedáis, para atarnos unos a otros,
tras nuestro desatarnos;
para que no seamos nunca solos;
sonrisas, besos, lágrimas!

Quería Juan Ramón publicar un libro que se titulase *Monumento de amor*. Habría contenido las cartas que se cruzaron Zenobia y él junto al *Diario de un poeta recién casado*²⁶. No llegó a realizar el proyecto, pero, realmente, toda la vida y la obra que juntos emprendieron Zenobia y Juan Ramón, Juan Ramón y Zenobia, es su monumento. Con el exilio, y más aún a partir de 1950 con la enfermedad, vendrían tiempos muy duros²⁷. Amargos fueron los últimos años de Zenobia con Juan Ramón, y Juan Ramón no se repuso de la muerte de Zenobia.

Entre los papeles relacionados con el poeta que se guardaban en la Universidad de Puerto Rico, se encontraron sendas semblanzas que hicieron el uno del otro. La de Juan Ramón es bastante escueta:

Zenobia: eres graciosa, intensa, encantadora; fina de cuerpo y alma; amas lo humano y percibes lo divino; sientes la naturaleza, la música, la pintura, la poesía, la filosofía, la historia, todas las artes y todas las ciencias. Eres buena compañera de hogar, de viaje y de trabajo. Siempre estás dispuesta a trabajar o a gozar. No eres interesada. Eres cumplidora, digna y generosa. No pides nada a nadie. Das todo. Te acomodas a todas las circunstancias y las resuelves alegremente. Ríes siempre, a veces por no llorar.

Zenobia, sin embargo, es más generosa con los detalles, dándonos uno de los retratos más personales y cercanos del poeta:

Juan Ramón, cuando está cerca, es todo ojos. Lo demás es un contorno armonioso que los acompaña, excepto la sonrisa, que casi puede igualarse con los ojos. El mejor momento de Juan Ramón y el más largo de su vida es cuando está trabajando en su obra, completamente olvidado de sí mismo. Nunca es más feliz que cuando está escribiendo, corrigiendo, perfeccionando... Después de un gran día de trabajo, cuando se permite algún recreo, dice con satisfacción que ha podido gozar plenamente en el ocio porque ha cumplido bien con su trabajo antes.

Su carácter es del todo diferente en sus temporadas fecundas de lo que es en las áridas. No tiene términos medios, o está muy bien o está muy mal. La única dolencia real física que le conozco la lleva con una extrema paciencia aún cuando en las etapas exacerbadas le produzca desaliento.

Sus defectos principales son el no aceptar casi nunca la responsabilidad de su culpa, por muy insignificante que sea, y la suspicacia para dolerse de cosas insignificantes. Además es muy egoísta, pero a medida que pasan los años, en este defecto que tanto lo dominó en su juventud, ha hecho un gran progreso: se esfuerza por recapacitar cuando se le advierte y procura y logra grandes mejoras. En esto verdaderamente ha ahondado mucho, sobre todo en las temporadas en que su vida es serena y tiene tiempo de pensar. En temporadas nerviosas no hace el menor esfuerzo

²⁶ Ricardo Gullón, "Monumento de amor", disponible en la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, <http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/estudios-sobre-juan-ramn-jimnez-0/html/00bce0ba-82b2-11df-acc7-002185ce6064_5.html>

²⁷ Cf. Anna Caballé, "Camprubí, Zenobia", *op. cit.*, pp. 122-128.

por dominarse y llega a una crueldad increíble en el egoísmo cuando se trata de la manía especial en boga en el momento.

Al lado de esto es también de una generosidad emocionante en que todo lo quiere dar y en que le da una gran alegría el proporcionarle una satisfacción o gusto a cualquiera, aun cuando se trate de un desconocido...²⁸

Al terminar una conferencia me pregunta un señor qué pienso yo que habría sido de Juan Ramón de no conocer a Zenobia Camprubí. Yo no lo sé. Decía Wilhelm Dilthey que la vida de un ser humano es la resultante siempre misteriosa de tres factores: azar, destino y carácter. Pienso en *La luna nueva* de Tagore:

¿De dónde vine yo? ¿Dónde me encontraste?' [...]

'Tú estabas escondido en mi corazón, amor mío, tú eras su deseo.

He comprado dos ejemplares del *Diario de dos recién casados*, uno para cada uno de mis hijos. He hecho que se lo dediquen y firmen mis padres, mis suegros, mi marido y yo misma. Azar, destino, carácter. "Tú estabas escondido en mi corazón...". La escritura sirve, entre otras cosas, para insinuar, como si fuera una caricia, un sentido.

²⁸ Z. Camprubí, "Cómo es Juan Ramón", en R. Gullón (ed.), *Monumento de amor (Cartas de Zenobia Camprubí y Juan Ramón Jiménez)*, México, Ediciones de la Torre/Publicaciones de la Sala Zenobia-Juan Ramón de la Universidad de Puerto Rico, 1959, p. 81.